



BOLETÍN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON

CARTA ENCICLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII

sobre el estudio de la Sagrada Escritura

—=—

(CONTINUACIÓN.)

El testimonio de los Santos Padres, que, después de los Apóstoles, han sido, por decirlo así, los jardineros de la Santa Iglesia, sus constructores y pastores, y la han alimentado y hecho crecer (San Agustín), tiene también una grande autoridad, cuando ellos explican de una sola y única manera un texto bíblico; pues de su conformidad resulta claramente que, según la doctrina católica, dicha explicación ha sido recibida por tradición, de los Apóstoles,

La opinion de estos mismos Padres es también muy digna de ser tomada en consideración cuando tratan de los mismos asuntos como doctores y declarando su juicio particular; pues no solamente su ciencia de la doctrina revelada y sus grandes conocimientos, tan necesarios para interpretar los libros apostólicos, les recomiendan, sino que Dios mismo ha prodigado los auxilios de sus luces á estos hombres notabilísimos por la santidad de sus vidas y su celo por la verdad.

Que el intérprete sepa, por lo tanto, que él debe seguir sus pasos con respeto y aprovecharse de sus trabajos mediante una elección inteligente. No es preciso, sin embargo creer que

tiene cerrado el camino y que no puede, cuando un motivo razonable exista para ello, ir más lejos en sus pesquisas y en sus explicaciones. Esto le es permitido, siempre que él siga religiosamente el sabio precepto dado por San Agustín: «no apartarse en nada del sentido literal y como evidente, como no tenga alguna razón que le impida ajustarse á él ó que haga necesario abandonarlo.» Esta regla debe observarse con tanta más firmeza, cuanto que en medio de un tan grande deseo de innovar y de tal libertad de opiniones, existe un mayor peligro de engañarse.

El que enseña las Escrituras no descuidará tampoco el sentido alegórico ó analítico aplicado á ciertas palabras por los Santos Padres, sobre todo cuando estos significados se deriven, naturalmente, del sentido literal y se apoyen en gran número de autoridades.

La Iglesia, en efecto, ha recibido de los Apóstoles este método de interpretación y lo ha aprobado con su ejemplo, y así resulta de la Liturgia. No quiere decir esto que los Santos Padres hayan pretendido demostrar por sí mismos los dogmas de la Fé, sino que ellos han experimentado que este método era bueno para alimentar la virtud y la piedad.

La autoridad de los demás intérpretes católicos es, en verdad, menor; pero toda vez que los estudios bíblicos han hecho en la Iglesia continuos progresos, es preciso dar á los comentarios de esos doctores el honor que les corresponde: se puede, por tanto, tomar de sus trabajos muchos argumentos idóneos para rechazar los ataques y esclarecer los puntos difíciles.

Pero lo que no conviene en modo alguno es que, ignorando ó despreciando las excelentes obras que los Nuestros Nos dejaron en gran número, prefiera el intérprete los libros heterodoxos, que, con gran peligro de la sana doctrina, y muy frecuentemente en detrimento de la Fé, busca en ellos la explicación de los textos respecto de los que los católicos, con un resultado excelente y desde hace mucho tiempo, han ejercitado su talento y multiplicado sus trabajos.

Pues aunque, en efecto, los estudios de los heterodoxos, prudentemente utilizados, puedan á veces ayudar al intérprete católico, importa, no obstante, á éste recordar que, según las

numerosas pruebas sacadas de los textos antiguos, el sentido no desfigurado de las Santas Letras no se encuentra fuera de la Iglesia, y no puede ser definido por los que, privados de la verdadera fé, no llegan hasta la médula de las Escrituras y sí únicamente á desflorar su corteza.

Es de desear, y muy necesario sobre todo, que la práctica de la divina Escritura se extienda á través de toda la Teología, y se convierta, por decirlo así, en su alma: tal ha sido en todos los tiempos la doctrina de todos los Padres y de los teólogos más notables, y la que ellos han apoyado con su ejemplo.

Todos ellos se han dedicado á establecer y afirmar sobre los Libros Santos, sin excepción alguna, las verdades que son objeto de la fé y las que de ésta se derivan. Es, pues, de los Libros Sagrados y también de la tradición divina de los que ellos se han servido para refutar las modernas invenciones de los heréticos, y para encontrar la razón de ser, la explicación y la relación que existe entre los dogmas católicos.

Nada tiene esto de sorprendente para el que reflexione el lugar tan importante que ocupan los Libros Santos entre las fuentes de la revelación divina; hasta tal punto que, sin el estudio y uso diario de aquellos, no podría la Teología ser tratada de una manera conveniente y digna de tan elevada ciencia. Bueno es también, indudablemente, que los jóvenes se ejerciten, sobre todo en las Universidades y Seminarios, en adquirir la inteligencia y la ciencia de los dogmas, y que, partiendo de los artículos de la fé, deduzcan sus consecuencias por medio de una argumentación establecida según las reglas de una filosofía experimentada y sólida. No obstante, el teólogo profundo é instruido no debe descuidar la interpretación de los dogmas, basada en la autoridad de la Biblia.

La Teología, en efecto, no toma sus argumentos de las demás ciencias, sinó inmediatamente de Dios por la revelación. Por lo tanto, nada recibe de esas ciencias como si le fueran superiores, y sí las emplea como á sus inferiores y servidoras.

Este método de enseñanza de la ciencia sagrada está indicado y recomendado por el Príncipe de los teólogos Santo Tomás de Aquino. Este, además, ha enseñado cómo el teólogo que comprende bien el carácter de la ciencia que cultiva, puede de-

fender sus principios de cualquiera que los ataque: «Al argumentar, si el adversario concede algunas verdades que nos han sido dadas por la revelación, queda probado que por virtud de la autoridad de la Sagrada Escritura nosotros discutimos contra los herejes y por medio de un artículo de la fé contra los que niegan otro. Por el contrario, si el adversario nada cree, solo nos queda el recurso de demostrarle la verdad de los artículos de la fé por medio de razonamientos para destruir los suyos, si él los hace contra la fé.»

Debemos, por lo tanto, poner un especial cuidado en que los jóvenes caminen al combate convenientemente instruidos en las ciencias bíblicas, para que no frustren Nuestras legítimas esperanzas, ni, lo que sería más grave, para que no corran, inadvertidamente, el peligro de caer en el error, engañados por las falsas promesas de los racionalistas y por el fantasma de una erudición superficial.

Pero ellos estarán perfectamente apercibidos á la lucha si con arreglo al método que Nós mismo les hemos enseñado y prescripto, cultivan religiosamente y con profundidad el estudio de la Filosofía y de la Teología, bajo la dirección del mismo Santo Tomás. De este modo harán grandes y seguros progresos, tanto en las ciencias bíblicas como en la parte de la Teología llamada *positiva*.

Haber demostrado la verdad de la doctrina católica; haber explicado y aclarado esta doctrina, gracias á una interpretación legítima y sabia de la Biblia, es mucho, ciertamente; resta, sin embargo, otro punto que fijar, y tan importante, que el trabajo para conseguirlo es considerable, para que la autoridad completa de las Escrituras quede demostrada tan sólidamente como sea posible.

Este objeto no podrá conseguirse plena y enteramente sino por el magisterio propio y siempre subsistente de la Iglesia, que por sí misma, y á causa de su admirable difusión, de su eminente santidad, de su fecundidad inagotable en toda suerte de bienes, de su unidad católica, de su estabilidad invencible, es un grande y perpetuo *motivo de credibilidad* y una prueba irrefragable de su divina misión.

Pero toda vez que este divino e infalible magisterio de la

Iglesia descansa en la autoridad de la Sagrada Escritura, es preciso desde luego afirmar y reivindicar la creencia humana, cuando menos, respecto de su autenticidad. Por estos Libros, en efecto, como testimonios mas probados de la antigüedad, la divinidad y la misión de Jesucristo, la institución de la jerarquía de la Iglesia, la primacía conferida á Pedro y á sus sucesores, serán puestas de manifiesto y, seguramente establecidas.

A este fin será muy conveniente que los hombres que han recibido las Ordenes sagradas combatan sobre este punto por la fe y rechacen los ataques del enemigo, y para ello es preciso, sobre todo, que esos hombres se revistan de la armadura de Dios, según el consejo del Apostol, y que se hallen habituados á los combates y á las nuevas armas empleadas por sus adversarios. Este es uno de los deberes de los Sacerdotes, y San Crisóstomo lo declara en términos magníficos. «Es preciso—dice—emplear un gran celo, á fin de que la palabra de Dios habite con abundancia en nosotros; no debemos, pues, estar prontos para un solo género de combate: variada es la guerra, y múltiples los enemigos; éstos no emplean todas unas mismas armas, ni de una manera igual se proponen luchar con nosotros.

Hay, por lo tanto, necesidad de que aquel que deba medirse con todos, conozca las maquinaciones y los procedimientos de todos, que maneje las flechas y la honda, que sea tribuno y jefe de cohorte, general y soldado, infante y caballero, apto para luchar en el mar y para derrivar murallas. Si el defensor no conoce todos los modos de combatir, el diablo sabe hacer entrar á sus raptos por un solo punto, en el caso de que uno solo se quede sin guarda, y arrebatat las ovejas.»

Nós hemos mencionado más arriba las astucias de los enemigos, y los múltiples medios que emplean en el ataque; indiquemos ahora los procedimientos que deben utilizarse para la defensa.

Uno de ellos es, en primer término, el estudio de las antiguas lenguas orientales, y al mismo tiempo el de la ciencia que se llama crítica. Estos dos géneros de conocimientos son hoy día muy apreciados y estimados; el Clero que los posea con más ó menos extensión, según el país en que se encuentre y los hombres con quien esté en relación, podrá mejor mantener

su dignidad y cumplir con los deberes de su cargo. El Ministro de Dios, debe, en efecto, «hacerse todo para todos y estar siempre pronto á satisfacer á todo aquel que le pida la razón de la esperanza que tiene en sí mismo.»

Es, pues, necesario á los profesores de la Sagrada Escritura, y conviene á los teólogos, conocer las lenguas en las que los libros canónicos fueron primeramente escritos por los autores sagrados; sería también excelente que los seminaristas cultivasen dichas lenguas, sobre todo aquellos que están destinados á los grados académicos de la Teología.

Debe tenerse también especial cuidado en establecer en todos los Seminarios y Academias, como ya se ha hecho con razón en muchos de ellos, cátedras donde se enseñen las lenguas antiguas, sobre todo las semíticas y sus relaciones con la ciencia. Estos cursos se dedicarán especialmente á los jóvenes llamados al estudio de las Sagradas Letras.

Importa también, por la misma razón, que los susodichos profesores de Sagrada Escritura se hallen instruidos y ejercitados en la ciencia de la verdadera crítica: desgraciadamente, y con gran daño para la Religión, ha aparecido un sistema que se adorna con el nombre respetable de «alta crítica», cuyos discípulos afirman que el origen, la integridad y la autoridad de todo libro nacen solamente, como ellos dicen, de sus caracteres intrínsecos. Por el contrario, es evidente que cuando se trata de una cuestión histórica, del origen y conservación de una obra cualquiera, los testimonios históricos tienen más valor que todos los demás, y son, por lo tanto, los que es necesario buscar y examinar con más cuidado.

En cuanto á los caracteres intrínsecos, éstos son, la mayoría de las veces, de mucha menos importancia; de tal suerte, que no pueden ser invocados para confirmar la tesis. De obrar de otro modo resultan graves inconvenientes.

Por eso los enemigos de la Religión tienen en ellos más confianza para atacar y batir en brecha la autenticidad de los Libros Santos; este género de «alta crítica» que hoy se exalta conducirá en definitiva al resultado de que cada uno en la interpretación se atenga á sus gustos y á sus prejuicios. De este modo la luz, basada en las Escrituras, no se hará, y ninguna

ventaja reportará para la ciencia; pero se manifestará con evidencia este caracter del error, que consiste en la diversidad y disentimiento de las opiniones. La conducta de los jefes de esta nueva ciencia lo está ya demostrando.

Además, como la mayor parte de ellos están imbuidos en las máximas de una vana filosofía y del racionalismo, no temerán descartar de los Sagrados Libros las profecias, los milagros y todos los demás hechos que traspasen el orden natural.

El intérprete deberá luchar en segundo lugar contra aquellos que, abusando de su conocimiento de las ciencias físicas, siguen paso á paso á los autores sagrados, á fin de poder oponer la ignorancia que éstos tienen de tales hechos, y rebatir sus escritos por este motivo.

Como estos ataques se fundan en objetos sensibles, son tanto más peligrosos cuanto que se esparcen en la multitud, sobre todo entre la juventud dedicada á las letras; desde el momento en que ésta haya perdido sobre algún punto el respeto á la revelación divina, no tardará en desvanecerse su fe en lo que se relaciona con todo los demás.

Porque es demasiado evidente que tanto como las ciencias naturales son propias para manifestar la gloria del Creador grabada en los objetos terrestres, con tal de que sean convenientemente enseñadas, tanto son capaces de arrancar del alma los principios de una sana filosofía y de corromper las costumbres cuando se infiltran con dañadas intenciones en las jóvenes inteligencias.

También el conocimiento de los hechos naturales será una ayuda eficaz para aquel que enseñe la Santa Escritura; en efecto, gracias á él podrá más facilmente descubrir y refutar los sofismas de todas clases dirigidos contra los Libros Sagrados.

Seguramente no puede existir ningún desacuerdo real entre la Teología y la Física como ambas se mantengan en sus límites, y cuiden, según la frase de San Agustín, «de no afirmar nada al azar y de no tomar lo desconocido por lo conocido.»

Si á pesar de esto surgiese discrepancia sobre un punto, ¿qué debe hacer el teólogo? Seguir la regla sumariamente indicada por el mismo doctor. «Cuanto á todo aquello que nuestros adversarios pueden demostrarnos con motivo de la naturaleza,

apoyándose en verdaderas pruebas, probémosles que no hay nada contrario á estos hechos en nuestras Sagradas Letras. Mas en cuanto á lo que saquen de cierto de sus libros y que invoquen como en contradicción con estas Sagradas Letras, es decir, con la fé católica, mostrémosles que se trata de hipótesis, ó que no dudamos en manera alguna de la falsedad de esas afirmaciones.» (*De Gen. ad let.*)

(Se continuará.)

SUSCRIPCIÓN abierta en el Obispado de León para atender á las apremiantes necesidades de la Santa Sede.

	<u>Rs.</u>	<u>Cs.</u>
<i>Suma anterior</i>	5878	»
Un devoto de Villacé, por Diciembre.....	20	»
El Párroco de Villanueva del Condado.....	20	»
El Ecónomo y feligreses de Aleje segun lista.....	55	»
D. Valerio Sánchez, Ecónomo 10 rs. Manuel Diez 8. Nicolás Diez 4. Santos Balbuena 4. María Diez 4. Santos Sánchez 4. Mariano Diez 4. Fidela Diez 4. Faustino González 4. Bonifacio Rodríguez 2. Felipe Recio 2. Vicente Diez 2. Antonio Diez 2. Felipe Sánchez 1.		
D. Esteban Eneriz.....	20	»
El Capellán de las Religiosas de Gradefes.....	20	»
El Arcipreste de Cisneros.....	20	»
Las Religiosas de Gradefes.....	40	»
El Párroco de Congosto.....	30	»
El Párroco de San Lorenzo de Cisneros.....	100	»
El Vicario de id.....	10	»
D. Juan Ruiz Regaliza.....	80	»
Varias personas piadosas.....	30	»
El Párroco y feligreses de Riosmenudos.....	93	40
El Párroco y algunos feligreses de Villarente según lista.....	29	80
D. Angel Pernía, Párroco de Villarente 20 rs. Isidro de Robles 1. Francisco Llamazares 1. Inocencio Llamazares 1. Francisco Rodríguez 0,40. Benito Villa 2. Pedro Lobo 1. Fructuosa Ramos 2. José Villa 0,40 Nilo García 1.		
El Párroco de Sahelices del Payuelo.....	100	»
El Párroco y algunos feligs. de Carbajal de Valderaduey según lista.....	41	»
El Párroco 10 rs. Natalio Llorente 4. Bernardo Anton 4. Eugenio González 1,60 Gregorio Iglesias 0,80. Otros varios vecinos 20,60		
El Párroco, Coadjutor y Presbítero, Sr. Bulnes, de Potes.....	248	80
El Arcipreste y Párroco de Valle de Mansilla.....	20	»
Los feligreses de id.....	79	»
D. Juan de Santiago, Párroco.....	20	»
<i>Suma</i>	6955	»